



Conjunto Ríoja, Estudio Manteola y otros, 1969. Ejemplo de urbanizaciones construidas según planes nacionales para la vivienda

o 1983 (ascenso al poder de Raúl Alfonsín, presidente constitucional) y que se puede dividir en dos momentos: gobierno de Perón e Isabel Perón, de intenciones populistas pero signado como época de afirmación de la violencia, y el llamado Proceso de Reorganización Nacional, sangrientamente represivo en principio y de obligado orden y tranquilidad después, de endeudamiento económico del Estado y de desajustado proceso económico con rebrotes inflacionarios permanentes.

vista Summa constituye hasta ahora el mayor registro de la arquitectura argentina y de las ideologías sustentantes de la misma y ha sido la principal fuente de referencia para esta nota.

El peronismo continuó con su política de impulso de la arquitectura de interés social. Los planes de vivienda llevados a cabo desde la Secretaría de Estado y desde los Institutos Provinciales de Vivienda concretaron conjuntos habitacionales de gran superficie, construidos en medio de áreas de uso común. Diseñados por estudios profesionales y ejecutados por empresas privadas tras licitación, respondieron generalmente a la arquitectura de sistemas apoyada en la relación habitante/m², proponiendo soluciones «de tablero» en donde se repetían esquemas de departamentos de clase media para alojar a grupos sociales a veces marginales y poco permeables a que un proyectista les ordenara su vida. Tras décadas de uso, estos macroconjuntos, que envasan la población en bloques vinculados por puentes y pasarelas y que desdibujan la imagen de la casa propia, han demostrado que las abstracciones arquitectónicas cumplen relativamente la finalidad principal de mejorar una calidad de vida aunque satisfagan las condiciones de diseño por el diseño mismo.

La arquitectura de sistemas o de partes, con una metodología que la traducía a través de esquemas funcionales, tecnológicos y de construcción modular, se consideraba la solución para problemas habitacionales masivos por su flexibilidad y por los sistemas constructivos industrializados que utilizaba (la Argentina nunca pudo desarrollar efectivamente este punto). Otorgaban una cierta imagen tecnológica —el aspecto más visible de una modernidad avanzada— pero soslayaba otra: la de obra terminada e identificable con un tema. Esto contribuía a acentuar esa anomia y extrañamiento que sufrían los usuarios obligados a orientarse con una permanente señalización gráfica.

La universidad aprovechó estas experiencias para canalizar una fuerte intencionalidad social en la enseñanza. Lugar de lucha, centró su discurso en el problema de la vivienda popular, pero agregando a los proyectos el diálogo con el usuario para la conformación del hábitat, situación valiosa pero que llevó a la dispersión de la disciplina hacia campos de la política o de la sociología.

El abrupto corte de 1976 por el que se instauró el régimen militar, silenció rápidamente la temática social de las casas de estudio. Pero el llamado Proceso no dejó de encargarse de proyectos que, más allá de su intencionalidad, conformaron obras arquitectónicamente relevantes. Tal, la arquitectura para el Campeonato Mundial de Fútbol de 1978 que contribuyó a la imagen de una Argentina «en paz y estabilizada»; con habitantes «derechos y humanos» que construía o remodelaba estadios y hoteles y levantaba un inusual e imaginativo edificio para la transmisión en TV color. Y se permitía una gestión de efectiva exhibición progresista en la intendencia (ayuntamiento) de Buenos Aires, que dejó un importante conjunto de construcciones.